

poco á poco toda la parte ilustrada de la clase media hasta formar aquel insuperable escollo de 1789 en que vino á estrellarse el antiguo régimen? No sabemos si Dupaty salvó á las víctimas, sabemos sólo que Candorcet y Lally-Tollendal le sostuvieron en su obra humanitaria á pesar de todos los enemigos y de los mandamientos de prisión.

¡Qué tiene, pues, de extraño que fuera el sucesor de Necker un Joly de Fleury!

Maurepas, después de haber ofrecido la inspección general de la Hacienda á varias personas que se negaron á aceptar tan grande responsabilidad, se la ofreció á Fleury que era «uno de esos hombres, dice Weber en sus *Memorias*, que no dejaba escapar la ocasión para declamar contra la difusión de las luces, habiéndolas odiado tanto, que no se tomó para sí parte alguna. Según él, la administración debía ser cosa tan secreta como las diligencias criminales, y una y otra debían parecerse á la inquisición. El público para nada tenía que saber cómo marchaba la fortuna pública. Los abogados, decía, eran señores en los procesos, como lo eran los escribanos en los pueblos, y sobre todo los maestros de escuela. Cuando se oía declamar á M. Fleury de esta suerte, le venía á uno la idea de que no sabía administrar porque los campesinos sabían leer.» Y quien esto escribió fué el hermano de leche de María Antonieta que estuvo á punto de hacerse matar por el antiguo régimen el día del asalto de las Tullerías por el pueblo.

Puesta la administración de la Hacienda pública en tales manos, los antiguos abusos, las antiguas corruptelas más ó menos corregidas por Turgot y Necker, reaparecieron y fueron haciendo su camino. Inútil decir que no sólo no se trató ya de crear más asambleas provinciales, sino que las mismas que existían vieron restringidas sus atribuciones.

En este estado de cosas ocurre la muerte de Maurepas, y al joven Luís XVI, se le ocurre, ó se le dió á entender, que no debía tener en adelante primer ministro, que era á él á quien tocaba directamente la gobernación del reino, medio único por otra parte para impedir á los ministros todo acto que comprometiera la seguridad de la corona. Luís cometió, pues, la gravísima falta de tomar sobre sí toda la responsabilidad del poder, y por consiguiente no podía quejarse ni protestar luégo de que sus súbditos le trataran como se trata á un ministro responsable. Téngase esto bien presente para juzgar con acierto del rencor creciente del pueblo contra Luís XVI. Es ahora el rey quien gobierna ó desgo-

bierna. Para él solo, toda la responsabilidad y toda la gloria.

En un principio todo fué bien. Necker había dejado llenas las arcas del Tesoro y se pudo hacer frente á todas las cargas, pero como había dicho en su *Memoria*, la situación de la Hacienda no se salvaba con empréstitos sino con reformas administrativas y económicas, y como á Fleury todo le era posible excepto el plan reformista, continuó imitando á Necker en los empréstitos que naturalmente le costaron mucho más porque ahora se las había de componer con los agiotistas, pero al fin se procuró 190 millones, que quiso cubrir con un aumento en los impuestos, cosa que, como sabemos, repugnó constantemente Necker por miedo de que reventase la mina en provincias.

En efecto, el Parlamento del Franco Condado resistió dar su pasé á lo acordado por el rey y el Parlamento de París, y la proposición de pedir los *Estados generales* sólo fué rechazada por cinco votos de mayoría. La idea, pues, de la necesidad de que la nación se congregara en pleno para hacer frente á sus necesidades y establecer un orden de cosas más conforme con el nuevo tiempo, hacía su camino, y ya era casi mayoría.

Las cosas eran más graves en Bretaña. El Parlamento de Bretaña con mucha razón y decoro, se negó terminantemente á lo ordenado por Luís XVI respecto á no elegir para que pasasen á la corte, á gestionar los intereses de la provincia, más que las personas que les fueran *recomendadas* por su gobernador. Consentir esto, era consentir la anulación completa del Parlamento de la provincia. Así, negóse terminante á consentir tanta indignidad, tomando el grave acuerdo de no votar subsidio alguno hasta tanto que el rey hubiese recibido una comisión de su seno, encargada de exponerle las razones de su negativa. Luís XVI consintió en recibir los diputados, pero no para oír sus quejas sino para reprenderles por su desobediencia, por cuanto sus órdenes, les dijo «no tenían nada que fuese contrario á los privilegios que sus predecesores habían tenido á bien conceder á su provincia de Bretaña.» A lo que contestaron los Estados de Bretaña: «Que sus franquezas eran un contrato y no un privilegio, que les había jurado observar sus leyes y su constitución, y que las condiciones que le aseguraban su obediencia eran leyes positivas.» Así hablaban ya los Parlamentos provinciales. La intriga y la presencia de las tropas reales en Rennes, con manifiesta infracción de la ley que prohibía se pudieran acercar las tropas á diez leguas á la redonda del punto

en donde se reunieran los Estados de Bretaña, dieron cuenta de la resistencia de éste, pero dejando en pié una enérgica protesta contra la violación de sus derechos y de la libertad de los Estados.

Luís XVI, pues, quería imitar á Luís XIV, al gran rey, al gran coloso, y no era ya más que una sombra de la realeza. Veámosle, sin embargo, en las obras.

En Provenza y en el Delfinado los que se agitaban eran los curas de misa y olla. El bajo clero vivía en una situación miserable. También para los altos puesto del clero, la reacción quería que sólo los pudiesen ocupar los nobles, y aún cuando en esto, el reinado de Luís XVI se pareció como una gota de agua á otra al de Luís XV, pues, durante los dos reinados sólo un plebeyo fué elevado al episcopado, el obispo de Senez, Juan Loarren, ahora se les excluía de todos los beneficios. Es la señora de Campan la que dice en sus *Memorias*, después de haber expuesto las funestas consecuencias del reglamento militar de Segur: «Otra decisión de la corte, que no se podía anunciar por un edicto, fué la de que en lo futuro todos los bienes eclesiásticos, desde el más modesto priorato hasta la más rica abadía, fuera apanaje de la nobleza.» ¿Cuál iba, pues, á ser la actitud de Luís XVI con las asambleas del bajo clero de Provenza y del Delfinado? La misma que había seguido con el Parlamento de Bretaña. Por una decisión real se disolvieron las asambleas de los clérigos, «por haber faltado al respeto debido á sus obispos, á sus superiores.» El bajo clero tuvo que resignarse, pero lejos de ser lo que quería que fuera la corte, esto es, un freno puesto á las pasiones populares, el bajo clero adoptó su partido, pues, después de todo ¿no sufrían entrambos una misma injusticia?

Luís XVI, pues, se iba alienando todas las fuerzas, todos los auxiliares, todos los medios de defensa. Los grandes valedores de hoy al primer asomo de peligro inminente le abandonarían para excitarle escondidos detrás de la frontera, y Luís XVI todavía tendrá la debilidad de prestarles atención.

Luís tuvo también que cargar con la responsabilidad de la paz con Inglaterra.

La guerra, como ya hemos dicho, no se había inaugurado mal en 1782, pero de Grasse era un jefe poco hábil para habérselas con marinos tan diestros como Hood. Hood, sin embargo, fué reforzado por la escuadra de Rodney, al objeto de impedir que las escuadras aliadas se unieran sobre las costas de Santo Domingo de donde unidos, y llevando un ejército de desembarco, debían atacar la

única gran posesión que les quedaba á los ingleses en América la isla de Jamaica. Pero de Grasse maniobró mal, y lo peor fué que se dejó envolver por Rodney que á sus veintiocho navíos opuso los treinta y ocho de su escuadra y de la de Hood. El combate, —12 de Abril,—fué desesperado; la derrota de los franceses completa, y el mismo de Grasse tuvo que rendirse á Rodney con su navío.

Esta batalla naval permitió á los ingleses intentar nuevas negociaciones de paz con los estados beligerantes. Por medio de Rusia la brindaba por separado á Holanda; Rusia y Austria unidas se ofrecían como intermediarios á España; y el mismo representante inglés que la ofrecía á Francia, la trataba también por separado en París con los representantes de los Estados-Unidos. Todos querían la paz aunque no por iguales razones, cuando la guerra era lo que más convenía á Francia y España.

En las Indias, Sufren, con sus triunfos, amenazaba arrebatar á Inglaterra su dominación en la India; España ofrecía el concurso de su escuadra y de sus tropas para aniquilar en Asia el poderío británico, y el fracaso de Gibraltar podía repararse. Pero la situación interior de Francia era grave como hemos visto, y los recursos para hacer la guerra amenazaban faltar de un momento al otro. Además: ¿cuál iba á ser la actitud de los Estados-Unidos tan pronto se allanase Inglaterra á reconocer su independencia? Pues es lo cierto que Franklin y demás embajadores se adelantaron hasta firmar los preliminares de paz sin conocimiento de nadie, y aún cuando esto les fué censurado por su gobierno y reconocieron su falta, quien sabe lo que hubiera sucedido si Francia y España no hubiesen suscrito en 10 de Enero de 1783 los preliminares de la paz que Franklin, Adams, Jay y Laurens habían suscrito ya desde últimos de Noviembre. El tratado definitivo no se firmó hasta el 3 de Setiembre siguiente.

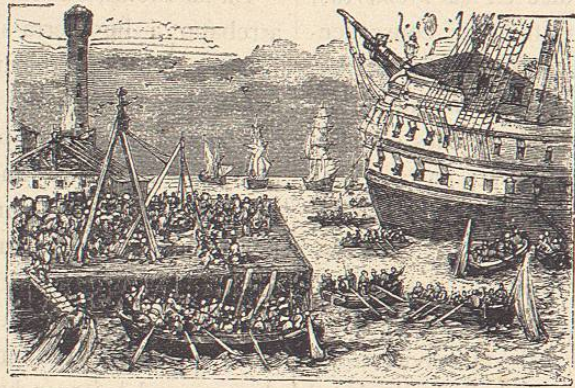
Esta paz fué para los Estados-Unidos y España gloriosa. Los Estados-Unidos veían reconocida formalmente su independencia, y España recobraba casi todas sus antiguas posesiones en América incluso las del continente norte-americano. Sin embargo, tuvo que retroceder las islas de Bahama y llover los grandes sacrificios que había hecho para el recobro de Gibraltar. Francia tuvo que devolver la mayor parte de sus conquistas en las Antillas á los ingleses, recuperando empero la isla de Santa Lucía y Tabago. Las mútuas cesiones continuaron en Africa y en la India, pero cometiendo Francia la baja de abandonar en la India á sus aliados de tierra firme, que quedaron solos en frente de los in-



gleses, indemnizándose con haberse salvado de la humillación que les legó Luis el Grande, de no poder fortificar á Dunquerque ni reconstruir su puerto. Holanda escapó con la cesión de Negapatina, y la obligación de dejar libre el comercio y mares orientales que hasta entonces había monopolizado.

Francia pudo creer que la paz de 1783 valía más

para ella que la de 1763, pero esta paz la compraba por más de 1.200 millones de francos, y con la pérdida de 19 navíos y 29 fragatas y corbetas. La guerra de América, en fin, después de haber familiarizado al pueblo francés con las ideas de paz y de república, había abierto en los gastos aquel abismo, que, según Flassan, dijo el mismo Vergennes á Luis XVI que no se podía sondar.



Recuperación de Mahón



## CAPITULO VI

### EL COLLAR DE LA REINA

Bancarrotas de la Hacienda. — Ormesson sucesor de Fleury. — Despilfarro de la Hacienda. — Pánico público. — Suspensión de pagos. — Castries propone que se llame á Necker. — Oposición de Luis XVI. — Calonne. — Oposición á su nombramiento. — Lomenie de Brienne. — Candidato de la reina. — Por qué se opuso el rey. — Cómo fué nombrado Calonne. — El banquero Harvelay. — Cualidades y defectos de Calonne. — Apóyanle la Polignac y el conde de Artois. — Estado de la Hacienda al encargarse de ella Calonne. — Acertadas medidas del nuevo ministro para enjugar la deuda y el déficit. — Popularidad de Calonne. — Necesidad de nuevos empréstitos. — Continúa el despilfarro del Tesoro. — Necker descubre el estado de la Hacienda. — Destierro de Necker. — Empréstito de 125 millones. — Lucha de Calonne con los banqueros. — Llama en su auxilio á Mirabeau. — Polémica entre Beaumarchais y Mirabeau. — Desatentadas resoluciones de Calonne. — Prisión del cardenal de Rohan. — EL COLLAR DE LA REINA.

**S**I Vergennes tenía ó no razón al decir que la Hacienda francesa había caído en un abismo sin fondo, dígalo la resolución que se tomó de hacer sus pensión de pagos tan pronto se hubieron firmado los preliminares de paz, si bien la medida se limitó para las letras de las colonias, lo que, naturalmente, indignó á Castries sin cuyo consejo se había acordado una medida tan desastrosa para el crédito público y para las colonias, que con tanta decisión se habían sacrificado por la madre patria. Castries obtuvo satisfacción y Joly de Fleury abandonó el ministerio contento seguramente de escapar á la catástrofe, que no por sus cortos alcances dejaba de entrever para breve plazo.

Fué su sucesor de Ormesson un hombre de bien, que otro hombre de bien, Miromesnil, el ministro guarda-sellos, indicó; pero sin autoridad ni capacidad para salvar la situación.

Ormesson se indispuso desde luégo resueltamente con la corte. Los hermanos del rey que gozaban

como sabemos de enormes patrimonios, pretendían ahora que el rey les pagase sus deudas, y esto era justo, pues Luis XVI acababa de comprar al duque de Penthièvre la posesión de Rambouillet por catorce millones, á fin de socorrerle en su desastre financiero. Cuando Ormesson tuvo noticia de este acto personal del rey, quiso abandonar el gobierno, pero tuvo la debilidad de continuar y de ser él quien exigiera de la caja de descuentos creada por Turgot, y desarrollada por Necker, seis millones que necesitaba de urgencia el Tesoro. Hízose esto público, y los tenedores de billetes justamente alarmados, se presentaron á cobrar sus créditos que la caja no pudo pagar, viéndose Ormesson obligado á dar una orden suspendiendo el pago de los billetes mayores de 300 libras. De aquí resultó el pánico financiero, consecuencia natural de la suspensión de pagos, que suponía el curso de los billetes forzoso.

Castries, que vió claro el peligro de la situación, envió una memoria al rey para pedirle que llamara